



LA LÓGICA INIMPUTABLE DEL MISTICISMO BUROCRÁTICO

THE NO-IMPUTABLE OF BUREAUCRATIC MYSTICISM

Agostino Molteni*

Universidad Católica de la Santísima Concepción, Concepción, Chile
amolteni@ucsc.cl
<https://orcid.org/0000-0001-5392-0183>

Pamela Araya Garay**

Universidad de Chile, Santiago, Chile
pamelaaraya@ug.uchile.cl
<https://orcid.org/0000-0002-0054-1961>

Enviado 26/04/2022

Aceptado 04/06/2022

* Doctor en Teología, Universidad Pontificia Salamanca, España. Académico de la Facultad de Estudios teológicos y Filosofía. Co-Autor de "El pensamiento cívico de Cristo y de la fe cristiana". *Revista Estudios Eclesiásticos*, vol. 96, núm. 377, junio 2021, 291-323; "Lo que Cristo añade a Dios: los caminos teo-cristológicos abiertos por Joseph Malègue", *Veritas* 49, 2021, pp. 205-228; "El acontecer del pensamiento de Cristo", *Palabra y Razón Revista de Filosofía, Teología y Ciencias de la Religión*, n. 20, 2021, pp. 74-97.

** Licenciada en Derecho y Abogada por la Universidad de Chile, Magíster en Derecho por la Universidad del Desarrollo y Magíster (c) en Derecho por la Universidad de Chile.



Resumen

La filosofía ha reflexionado a menudo acerca de la naturaleza de la burocracia, de su lógica y método, de sus consecuencias. En este artículo se quiere presentar cómo la inimputable y, por ello, irrazonable lógica burocrática se fundamenta en una psicopatológica religiosa, "mística". Para mostrar esta temática nos servimos de lo que han escrito Max Weber en su *Economía y sociedad* y Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, ya que nos parecen los autores que más han comprendido y señalado el fundamento místico-religioso de la lógica burocrática. Por ello, en un primer punto mostraremos en qué consiste según estos autores la lógica del pensamiento burocrático y, en un segundo punto, señalaremos el fundamento patológico-religioso de esta lógica.

Palabras claves: *Burocracia, Misticismo, Inimputabilidad, Max Weber, Hannah Arendt.*

Abstract

Philosophy has often reflected on the nature of bureaucracy, its logic and method, and its consequences. This article aims to present how the unaccountable and therefore irrational bureaucratic logic is based on a religious, "mystical" psychopathology. To address this theme, we draw on what Max Weber wrote in his "Economy and Society" and Hannah Arendt in "The Origins of Totalitarianism," as they seem to be the authors who have best understood and pointed out the mystical-religious foundation of bureaucratic logic. Therefore, in the first section, we will show what the logic of bureaucratic thinking consists of according to these authors, and in the second section, we will indicate the pathological-religious foundation of this logic.

Keywords: *Bureaucracy, Mysticism, Non-Inimputability, Max Weber, Hannah Arendt.*

1. Introducción

¿El “estrangulamiento económico” de que hablaba Péguy (1992) se ha vuelto en la modernidad y en nuestros tiempos de la así llamada posmodernidad líquida un estrangulamiento burocrático? ¿En esta época “líquida” la burocracia, con su rigidez sólida, ha escapado a este destino fluido?

La burocracia siempre ha sido un tema no menor para ser pensado. De su parte, la literatura y el arte han sabido describir la amenaza de una burocratización de la existencia. En los tiempos modernos, entre otros (Gogol, Maupassant, Kafka para citar algunos ejemplos), Rimbaud describía los burócratas oficinistas en su poema *Los sentados*:

Negros de lupias y costras, verde cercado en los ojos, / (...) han logrado injertar, con un amor epiléptico / su fantasmal osamenta en los negros esqueletos negros / de sus sillas; / y sus pies, en los barrotes raquíuticos, / por la mañana y la tarde, mantienen siempre sujetos. / Estos viejos están siempre trenzados a su silla. / (...) Botones del uniforme son pupilas deslucidas / que, del fondo del pasillo, vuestra mirada encorsetan (Rimbaud, 1994, pp. 271-273)¹.

En este sentido, hay que tomar en serio la aseveración de Le Breton: “Si el hombre sólo existe a través de las formas corporales que lo sitúan en el mundo, toda modificación de su forma implica otra definición de su humanidad” (Le Breton, 1994, p. 209). Es más, se ha hablado de los hombres posmodernos como de “cuerpos burocráticamente administrables” (Duch-Mèlich, 2005, p. 257) que viven en una “sociedad que se caracterizaba por una férrea y creciente burocratización y «maquinización» de todas las esferas de la existencia humana” (Duch-Mèlich, 2005, p. 274), hombres que sobreviven en “la crueldad de las anónimas y burocratizadas sociedades modernas” (Duch-Mèlich, 2005, p. 298).

Entre otros literatos, nos parece que sobre el estrangulamiento burocrático no exista obra más significativa que la de Hans Fallada, *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?* (2009).

También el arte ha sabido describir la naturaleza de la burocracia. En un cuadro de George Grosz, *Eclipse de sol* de 1926, se muestra (estamos en el contexto histórico de la

¹ Sobre las miradas burocráticas que, para Rimbaud, “encorsetan”, cf. lo que escribe Kafka: “Ante la ley hay un guardián. Un campesino se presenta al guardián y le pide que le deje entrar. Pero el guardián contesta que de momento no puede dejarlo pasar. (...) La puerta de la ley está abierta, como de costumbre; cuando el guardián se hace a un lado, *el campesino se inclina para atisbar el interior*. El guardián lo ve, se ríe y le dice: - Si tantas ganas tienes - intenta entrar a pesar de mi prohibición. *Pero recuerda que soy poderoso*” (1983, p. 233-234. Cursivas nuestras).

República de Weimar) al presidente von Hindenburg, el capitalista militarizado que sugiere las cartillas de las elecciones supuestamente democráticas comidas por un burro; una cruz cristiano-nacionalista (con colores alemanes); un niño aprisionado; el sol dolarizado (la globalización del capitalismo) y, lo que nos interesa, burócratas sin cabeza-pensamiento. Estos burócratas pueden ser pensados como consejo del Presidente “*diletante*” (como lo llama Weber: 2014, p. 1074), pero, al fin y al cabo, son especialistas en asuntos burocráticos. En el mismo sentido, otro cuadro de Grosz, *Los pilares de la sociedad* (1926) también es muy significativo, pues muestra burócratas sin cabeza o con un urinario en su lugar.

También en el cine se ha señalado este estrangulamiento burocrático. Entre otras, las películas que nos parecen más significativas pueden ser: *El escritorio* (1913) de Karl Valentin; *La mudanza* (1920) de Buster Keaton; *El último* (1924) de Friedrich W. Murnau; *Noche y niebla* (1955) de Alain Resnais; *La pasajera* (1963) de Andrzej Munk y Witold Lesiewicz; *Al fuego bomberos* (1967) De Milos Forman; *Trenes rigurosamente vigilados* (1966) de Jiri Menzel; *Yo, Daniel Black* (2016) de Ken Loach.

Está claro que también la filosofía se ha ocupado de la naturaleza de la burocracia, de su lógica y método, de sus consecuencias. En este artículo se quiere presentar, como la inimputable y, por ello, irrazonable lógica burocrática se fundamenta en una psicopatológica religiosa, “mística”. Para mostrar esta temática, reflexionamos sobre lo que han escrito Max Weber en su *Economía y sociedad* (2014) y Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* (1998), ya que nos parecen los autores que más han comprendido y señalado el fundamento místico-religioso de la lógica burocrática.

Por ello, en una primera parte mostraremos en qué consiste según estos autores la lógica del pensamiento burocrático y, en una segunda parte, señalaremos el fundamento patológico-religioso de esta lógica.

2. La lógica inimputable del Pensamiento Burocrático

Para Weber no existen hechos sociales brutos, sino que se trata más bien de entender-comprender-interpretar la “acción social” que es propia del sujeto entendido como competente en su pensamiento, capaz de un “sentido subjetivo”, es decir, pensado

subjetivamente en referencia a la “conducta de otros” y “orientándose por esta en su desarrollo” (Weber, 2014, p. 122). Esto significa que los hechos sociales, en nuestro caso, la administración burocrática, no son productos naturales, de la naturaleza, sino que son propiamente productos del pensamiento, productos ‘meta-físicos’, si entendemos por este término lo que no es naturaleza inimputable, sino lo que es imputable, es decir, el pensamiento del sujeto social. Para esto prolongamos la distinción hecha por Kelsen entre mundo de la naturaleza inimputable y mundo jurídico que implica imputabilidad y, por ello, libertad *del* pensamiento (Kelsen, 1960).

En este sentido, lo que interesa a Weber, se podría decir, es reconstruir una psicología de las acciones sociales, comprender el ‘por qué’ se dan (en esto nos parece que se distancia del método positivista que se pregunta más bien sobre el ‘cómo suceden’ los fenómenos sociales). Se podría decir que a Weber interesa la comprensión de una psicología, es decir, cuál es la configuración del pensamiento, de orientación subjetiva, que hace posible a un individuo moverse en un cierto marco social, de tener una cierta conducta social.

Sin embargo, pensamos que Weber intentó comprender más bien una *psicopatología* de las acciones sociales. En este sentido, y es lo que nos interesa aquí, en referencia a la máquina burocrática, a la tecno-burocracia, ¿cuál es la psico-lógica, mejor dicho, la psicopatológica que la ha producido y qué comprensión se puede tener de ella? ¿Cómo ha sido posible que en los hombres se formara un pensamiento administrativo-burocrático?

Está claro en este punto que también una psicopatológica es lo que Weber (2014) llama un “sentido mentado” (p. 134). A este propósito, para Weber hay dos psico-patológicas decisivas para la formación del pensamiento burocrático: 1. la acomodación subjetiva a un tipo de pensamiento mecánico en que rige solo el deber por el deber profesional: 2. el hecho de que este pensamiento mecanizado del deber profesional “ronda en la vida de los hombres *como un fantasma de ideas religiosas ya pasadas*”, como Weber escribe en las páginas finales de su *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1984). Esto significa que, para Weber, el pensamiento burocrático es un residuo de ideas religiosas fantasmales en que se fundamenta.

En esta primera sección nos interesa desarrollar el primer punto aportando consideraciones de otros autores, en especial de Kant y Tocqueville.

Para Weber, entre las características del pensamiento burocrático, está la “subordinación completa a los jefes” (2014, p. 1051), la “rigurosa subordinación” (2014, p.

1056) a un pensamiento concebido, de modo pre-supuesto, como superior, propiedad solo de algunos poseedores de una epi-stemología (saber superior-*epi*) que imponen el *status quo* vigente y a ellos favorable². Mises cita un discurso del Ministro del Interior prusiano en 1838: "No resulta apropiado que un súbdito aplique la medida de su *mísero intelecto* a los actos de los jefes del Estado y que se arrogue, con altanera insolencia, el derecho de formular un juicio público acerca de su conveniencia" (Mises, 2005, p. 11). Sin embargo, ¿la modernidad no habría tenido que finalmente iniciar con las palabras de Kant en su conocido texto *Qué es la ilustración?*: "La ilustración es la salida del hombre de su *auto-culpable* minoría de edad. La minoría de edad significa la incapacidad de servirse de su propio entendimiento, sin la guía de otro" (2004, p. 33). Es interesante observar cómo Kant habla, ante todo, de un "auto-culpable" sumisión del pensamiento del sujeto al de otros, remarcando su imputabilidad.

Ahora bien, esto es especialmente paradójico en el trabajo administrativo-burocrático en que, amparándose detrás de protocolos establecidos por otros y rigiéndose mecánicamente por ellos, el administrativo burocrático se excusa de su imputabilidad. Esta inimputabilidad nos hace recordar la breve y significativa frase de Kafka en su *El Castillo*: "La firma era ilegible, pero la acompañaba un sello que decía: «El jefe de la oficina x»" (2003, p. 29). En este sentido, la burocracia es una especie de cuerpo invisible y, por ello, inimputable, según la expresión de Rimbaud en su poema ya citado cuando habla de los burócratas: "Todos tienen una mano invisible y que mata" (1994, p. 273). Si Adam Smith había hablado de la *invisible hand* en su *La riqueza de las naciones* (1981), ahora Rimbaud habla de la mano invisible y que mata de la burocracia.

El único ámbito en que la imputabilidad de la burocracia podría volver a estar presente sería solo en el de la no correcta aplicación por parte del administrativo de los protocolos pre-establecidos. Lo que nos importa remarcar aquí, sin embargo, es que, en caso de correcta aplicación de los protocolos administrativos pre-establecidos por otros, el burócrata se vuelve inimputable y la única categoría con que se le puede juzgar es la de la 'responsabilidad' en cumplir su deber, es decir, en aplicar correctamente el mecanismo de pensamiento administrativo pensado por otros.

No queremos entrar aquí en la discusión entre la gran diferencia entre 'responsabilidad' e 'imputabilidad' (remitimos a lo que señalaremos más adelante hablando

² "*Epistème* significa «estar» (-*stème*) «sobre» (*epi*) las fuerzas que quieren desmentir lo que está y que es el verdadero sentido del mundo. Un saber que es capaz, desvelando el secreto del mundo, de *quedarse detenido*, imponiéndose sobre cualquier tipo de pensar que quiera sacudirlo y derribarlo. EL pensamiento griego ha llamado este saber *episteme*" (Severino, 1998, p. 105).

de la definición que hace Hannah Arendt de Eichmann). Queremos solo subrayar que el administrativo burocrático no cree no estar pensando por su cuenta, sino, al contrario, obedeciendo *responsablemente* a las leyes-decretos administrativos, él mismo supone estar adhiriendo a un cierto *poder de pensamiento*: el poder de la aplicación de los decretos de los cuales, en la práctica burocrática, se percibe como el 'autor', dando eficacia práctica a estos decretos-leyes. Es en este sentido que se podría entender la afirmación de Weber, la de la presencia en la burocracia de una "administración libremente creadora" (2014, p. 1061)

Volviendo al texto sobre la Ilustración, Kant escribe que, en esta sumisión del pensamiento, algunos hombres permanecen "con gusto bajo ella" por una especie de "pereza" (2004, p. 33), de modo que "les es muy fácil a los otros erigirse en tutores" (2004, p. 33). En este sentido, retomando la cita de Kant, pensamos que el conocimiento de los hechos brutos a través del superior conocimiento técnico (Weber, 2014), es decir, del mecanismo de *cómo* funciona lo real pregonado por el positivismo, invita a esta 'pereza' burocrática, inhibiendo, o, mejor dicho, haciendo aparecer como inútiles otras lógicas de pensamiento que, de este modo, no son consideradas como necesarias en el trabajo en el *bureau*, en la oficina administrativa.

En este punto se puede notar que, para la constitución-producción de un pensamiento administrativo burocrático, será necesaria una *fideísta* creencia de que el único tipo de conocimiento racionalmente válido en la modernidad es el científico, del cual el conocimiento técnico sería un residuo que, sin embargo, pertenece al supremo conocimiento científico (según la doctrina de los tres estadios de Comte). En este sentido, se podría decir que el administrativo burocrático, en la modernidad, es considerado como un 'dios menor', en cuanto participa del supremo superior, que es el científico.

Por otro lado, las expresiones del texto citado de Kant nos han hecho recordar también lo que escribía De Tocqueville. Este decía que el sistema democrático norteamericano tenía la intención de "fijar a los hombres, irrevocablemente, en la infancia" (1984, p. 633) evitándoles "el trabajo de pensar" (1984, p. 633), consiguiendo, de este modo, que pierdan "poco a poco la facultad de pensar" (1984, p. 635). Esta incapacidad de pensar no era, para Tocqueville, contradictoria a un sistema democrático, ya que los sujetos piensan haber elegido a sus superiores-tutores:

En el estado democrático los hombres sienten la necesidad de ser conducidos imaginando un poder único, tutelar, poderoso pero elegido por los ciudadanos. Se conforman con tener *un tutor pensando que ellos mismos lo han elegido*. En tal

sistema, los ciudadanos salen de la dependencia para nombrar a un jefe y vuelven a entrar en ella. No es la naturaleza del jefe lo que les importa, sino la obediencia. *Ellos se imaginan que al obedecer no se someten sino a sí mismos.* (1984, p. 634)

Aquí lo que nos interesa no es entrar a discutir estas afirmaciones de Tocqueville respecto de la democracia, sino señalar una cierta lógica de pensamiento que puede muy bien ser aplicada al pensamiento burocrático. En este sentido podemos leer la afirmación de Weber: "El carácter inevitablemente objetivo del aparato ya existente, en unión de su característica impersonalidad, hace que se halle fácilmente dispuesto a trabajar *para todo el que sepa apoderarse de él*" (2014, p. 1069).

En este sentido, la "democratización pasiva" (Weber, 2014, p. 1066) del funcionario puede muy bien coexistir con la lógica con que el funcionario se entrega fácilmente a un tutor, es decir, a quien sepa apoderarse de él. Por otro lado, la consideración de Tocqueville afirma que la lógica burocrático-administrativa hace imaginar que, al ejecutar y aplicar órdenes superiores, el burócrata cree estar pensando por sí mismo.

Está claro que el administrativo burócrata, en el cumplimiento de su deber, puede percibirse como sujeto cívico, dotado de un poder cívico en cuanto contribuye a la construcción de un orden social. Sin embargo, habría que señalar que su ámbito de pensamiento no es propiamente cívico. Si entendemos por 'cívico' el *poder* co-instituir relaciones con otros en vista de la construcción de una *civitas*, el poder del administrativo burocrático es más bien estatal. En este sentido, el administrativo burócrata, como ciudadano privado, experimenta una situación paradójica, la de ser sumiso a "la canonización de la idea abstracta y objetiva", aquella de la 'razón de Estado' (Weber, 2014, p. 1061), al Estado leviatán en que los individuos son "masa privada de pensamiento" (Kant, 2004, p. 34), puesto que la *razón* del Estado piensa por ellos.

A este propósito, se podría decir que para la constitución de la lógica del administrativo burócrata valen las afirmaciones de Kant: "Razonad todo lo que queráis y sobre lo que queráis, pero obedeced" (2004, p. 34). En el caso de la producción-formación de la lógica del administrativo burócrata se cumple, de modo paradójico, lo que dice Kant, de

Un uso privado del empleo de la razón que se le permite al hombre dentro de un puesto civil o de una función que se le confía. Ahora bien, en muchas ocupaciones concernientes al interés de la comunidad son necesarios ciertos mecanismos por medio de los cuales algunos de sus miembros se tienen que comportar de modo

meramente pasivo, para que, mediante cierta unanimidad artificial, el gobierno los dirija hacia fines públicos o, al menos, para impedir la destrucción de los mismos. Como es natural, en este caso, no es permitido razonar, sino que se necesita obedecer. (2004, p. 35)

Anteriormente hemos hablado de una paradoja que vive el burócrata como ciudadano privado, pues es sujeto máximamente público, es decir, es funcionario del Estado. Sin embargo, el tipo de pensamiento administrativo es, según Kant, privado, inimputable, en cuanto es mecánico, *meramente pasivo* y no puede ser imputado públicamente por los otros conciudadanos. Se podría decir que en la constitución del pensamiento administrativo burocrático rige, en este sentido, una cierta esquizofrenia, entre el pensamiento administrativo y el del *civis*-ciudadano público de la *civitas*.

En este punto es importante notar que el tipo de conocimiento-pensamiento técnico administrativo termina considerando inútil la necesidad de pensar un pensamiento cívico, es decir, com-puesto y co-instituido con los otros con-ciudadanos. El administrativo burócrata se encuentra, por tanto, en una extraña situación: si por un lado es ciudadano a todos los efectos (tiene que pagar los impuestos, puede elegir sus representantes políticos, etc.), por otro lado, en su *bureau*, en su oficina, la lógica de su pensamiento debe prescindir de su civismo, si se entiende por civismo un pensamiento com-puesto con otros conciudadanos en vista de la co-institución de la 'ciudad'. Lo que dice Tocqueville de los ciudadanos norteamericanos se puede utilizar para el burócrata administrativo: este "se halla al lado de sus conciudadanos, pero no los ve: los toca y no los siente; no existe sino en sí mismo y para él" (1984, p. 633), lo que significa que el burócrata posee la incapacidad de pensar con-la otra persona.

De hecho, se puede decir que, para el pensamiento administrativo burocrático, el otro ciudadano es mero 'expediente', un 'número' (como en los campos de exterminio nazis), pues es reducido (parafraseando a Spinoza) a mero *homo sive natura*, mera existencia que no es hecha entrar en una relación de conciudadanía.

Es más, la neutralidad del conocimiento técnico *super partes* que Weber, retomando el famoso axioma de Tácito, llama *sine ira et studio* (2014, p. 1058), es necesaria para la producción de un pensamiento burocrático. Pensamos que, para llegar a esta producción de un pensamiento neutral, es decir, objetivo, se necesita reificar al otro, considerar al 'otro' como 'objeto', como expediente, número, y ya no como sujeto-ciudadano. En esto se cumple, de modo paradójico, la nefasta afirmación de Kant (2012) para el cual el hombre debe

siempre ser considerado como fin y jamás como medio, mientras, al contrario, pensamos que el otro sujeto debe ser entendido más bien como *medio* de producción de satisfacción en una relación de trabajo de pensamiento com-puesta. En este sentido, para el pensamiento administrativo burocrático se podría decir que no cumple un *acto* administrativo, sino más bien que se cumple una *acción* administrativa. Si entendemos por 'acción' la que se rige según la dinámica $A \rightarrow B$, en la acción, el sujeto B es el 'blanco' objetivo neutral de la acción lineal de A (del administrativo). Está claro que aquí no se trata de 'relación', sino más bien de 'interacción', si entendemos la 'acción' en el sentido que hemos propuesto. Interacción para la cual se necesita solo de un *dispositivo mental* pre-formado, es decir, de una forma de razonamiento que debe actuar mecánicamente, o sea, que no debe ser trabajada con el pensamiento de otros sujetos.

En este punto no es ajena a esta *mens* neutral, objetiva, una racionalidad impersonal-inimputable acerca del 'tiempo'. Es sabido que Bergson ha propuesto un nuevo pensamiento acerca del tiempo que no está vinculado al espacio, un tiempo que no sea meramente tiempo cronológico, repetitivo, cuantitativo, sino más bien un tiempo cualitativo, no objetivo, sino vivido, con instantes irrepetibles vividos en el presente. Por lo que se refiere a la racionalidad impersonal y, por ello, inimputable del funcionario, así como la máquina es concebida como repetitiva, cuantitativa, cumpliendo siempre las mismas funciones y es detenida al cumplir 'su jornada' de trabajo', del mismo modo, el tiempo administrativo-burocrático, es concebido como repetitivo, medido sobre la cantidad de expedientes realizados impersonalmente y sobre el cumplimiento efectivo-eficaz de estas mecánicas repeticiones que deberían terminar en un horario-tiempo prefijado. En este sentido, llevar el trabajo burocrático de oficina hacia el hogar implica el peligro de una extensión del tiempo cuantitativo-burocrático que, finalmente, puede terminar convenciendo al individuo de la existencia de un único 'tiempo', el repetitivo-cuantitativo, impersonal, inimputable, objetivo, *super partes*. Si Weber (2014) ha hablado de la "impersonalidad" (p. 1069), mejor dicho, de una *racionalidad impersonal* como elemento fundamental para la producción de un pensamiento administrativo-burocrático, en este punto, no es de menor importancia notar que para producir una lógica administrativa burocrática debe ser inhibido el pensamiento de una satisfacción, lo que Freud (1991) llamaba 'el principio de placer' com-puesto con otros en vista de beneficios recíprocos y potencialmente universales. En este sentido, pensamos que el pensamiento de Kant que pregona como única acción moral la desinteresada, neutral, objetiva ha contribuido también a la formación del pensamiento burocrático, desinteresado, *super partes*, sin

satisfacción. En el caso del administrativo, la única satisfacción permitida sería dada por el cumplimiento del kantiano deber por el deber, es decir, que la recompensa de la virtud sería dada por la misma virtud con que se cumple responsablemente, el deber del papeleo, eliminando cualquier satisfacción personal, a diferencia de las organizaciones antiguas que preveían una recompensa o gracia por parte de los jefes (Weber 2014). En este sentido, la recompensa, si se puede utilizar este término en una organización burocrática, queda reducida solo a una mera buena evaluación final del superior y, por ello, a la futura posibilidad de hacer carrera. El único *progreso* que concibe el administrativo es el que coincide con el progreso de su carrera.

En este punto, hay que señalar que si se debe hablar de "dignidad personal" (Weber 2014, p. 1052) del administrador burocrático, esta puede consistir solo en su cumplimiento objetivo del deber. A este propósito, hay una película japonesa muy interesante sobre este tema: *Perro rabioso* de Akira Kurosawa. En este filme, al protagonista, un policía, le roban su arma de servicio y toda su acción posterior será determinada por el intento de recuperar su arma, es decir, su conocimiento técnico que coincide con el *honor* que ha perdido a los ojos de los demás funcionarios policiacos, descuidando de su arma.

Hablando de la 'dignidad personal' del administrativo, el conocimiento técnico al cual es circunscripto y limitado su pensamiento, lo reduce a mero *homo sive natura*, inimputable, siempre que ejecute correctamente la aplicación de protocolos pre-establecidos por saberes superiores. Su mismo cuerpo que ejecuta los protocolos, como ya había escrito Rimbaud en el poema que hemos señalado, se vuelve un cuerpo que es "una pieza más de una «cadena de montaje», en la cual el mismo individuo y las «piezas» constitutivas de su organismo son perfectamente intercambiables y sustituibles. Ciertamente que entonces, como se ha subrayado, el cuerpo humano también se inscribe en la «época de la reproductividad técnica» (W. Benjamin)" (Duch-Mèlich 2005, p. 251). Se podría decir, de este modo, que la asunción de un administrativo en la burocracia no constituye un efectivo *habeas corpus* jurídico, y representa solo lo que Weber llamaría "una democracia pasiva" (2014, p. 1066). De hecho, el funcionario permanece como mero *homo sive natura*, organismo biológico, o, mejor dicho, máquina para el cumplimiento de protocolos viniendo a faltar lo que pregona Kant: "En los principios de gobierno es provechoso tratar al hombre conforme a su dignidad, puesto que es algo más que una *máquina*" (2004, p. 39). "Encadenado a su labor con toda su existencia material e ideal" (Weber, 2014, p. 1068), el funcionario administrativo se halla "sometido" (Weber, 2014, p. 1068) a la comunidad de funcionarios. El estar *encadenado a su*

labor con su cuerpo-pensamiento, nos remite a los cuerpos atornillados a sus asientos descritos en el poema de Rimbaud que hemos citado al inicio.

Esto pone, al mismo tiempo, el problema de cómo un pensamiento administrativo burocrático pueda convivir con un pensamiento político, si entendemos por ello, el pensamiento del *polites* co-institutivo de la *polis*. En este punto, Weber (2014) ha hecho justamente notar que la máquina burocrática *debe* sobrevivir a cualquier cambio de gobierno, que no solo la "comunidad" burocrática es la garantía de una "sociedad" estable, sino que se transforma en "sociedad". Esta 'sociedad burocrática' es extra-parlamentaria, es extra-política, *super partes*, inaccesible al pensamiento político de los otros ciudadanos. Es una sociedad burocrática que no puede ser sino aristocrática, como profetizaba Orwell en su obra *1984*: "La nueva aristocracia estaba formada en su mayoría por burócratas (...) técnicos" (2009, p. 249). En este sentido, si el individuo como ciudadano privado, dada la separación entre actividad burocrática y vida privada (Weber, 2014) es considerado como *polites*, es decir, capaz del poder de co-instituir la *polis*, por otro lado, el funcionario burocrático es inmune a cualquier cambio de *polis*-política, como si fuera dotado de un sistema inmunitario resistente a cualquier cambio político. Inmunes a los cambios políticos, sin embargo y de modo paradójico, los funcionarios burocráticos son subordinados y sometidos a quienes, ambicionando tener cargos directivos sobre los funcionarios, adhieren *artificialmente* a partidos políticos.

Reflexionamos ahora sobre la lógica burocrático-totalitaria como es descrita por Hannah Arendt.

Hablando del origen del totalitarismo, subraya que "el primer paso esencial en el camino hacia la dominación total es matar en el hombre a la persona jurídica" (1998, p. 359). Se trata de una afirmación decisiva: el totalitarismo nace del desconocimiento y aniquilación del hombre como sujeto *sui iuris*, como *primum ius*, es decir, como capaz de componer con otros hombres actos imputables: "Tras el aniquilamiento de la persona jurídica, la destrucción de la individualidad casi siempre tiene éxito" (Arendt, 1998, p. 364)

Lo interesante del análisis de Arendt es que vincula el totalitarismo a la creación de la burocracia:

En las primeras décadas del imperialismo se descubrieron dos nuevos medios para la organización y la dominación de pueblos extranjeros. Uno fue la raza como un

principio del cuerpo político y el otro, la burocracia, como un principio de la dominación exterior. (...) La burocracia es el sustitutivo del Gobierno. (1998, p. 163)

En este sentido, Arendt quiere reconstruir la “filosofía del burócrata” (Arendt 1998, p. 184)³, es decir, la lógica con que llega a causarse un pensamiento burocrático.

Ante todo, esta lógica se apoya en la pre-supuesta pretensión de parte del burócrata de ser poseedor de un poder y saber superior al de los otros hombres:

El burócrata, que administrando simplemente decretos experimenta la ilusión de la acción constante, se siente tremendamente superior a estas personas «no prácticas» que están por siempre enredadas en las «niedades legales» y que por eso permanecen fuera de la esfera del poder, que *para él es la fuente de todo*. (Arendt 1998, p. 207. Cursiva nuestra)

El burócrata piensa distinguirse por participar de ‘El-Poder’ (entendido como sustantivo) que le otorga un supuesto ‘poder’ (entendido como verbo): el de realizar una acción constante sobre los otros. Tocqueville ya había hablado de la *creencia* de que “el poder que representa la sociedad *posee muchas más luces y ciencia* que cualquiera de los hombres que la componen”. (1984, p. 615)

Es el gobierno de una “experta mayoría” que piensa ser dotada de un saber superior. Sin embargo, este saber no es pensado por parte del burócrata según una lógica cívica, pues ‘El-Poder’ ha inhibido su pensamiento de ciudadano volviéndolo apolítico, es decir, desinteresado a la construcción de la *polis*.

La burocracia es siempre un Gobierno de expertos, de una «experta minoría» que tiene que resistir tanto como sepa la constante presión de la «inexperta mayoría». Cada pueblo es fundamentalmente una inexperta mayoría, y por eso no pueden confiársele materias tan especializadas como los asuntos políticos y públicos. A los burócratas, además, no se les suponen ideas generales acerca de las cuestiones políticas. Su patriotismo jamás debe conducirles tan lejos como para que crean en la bondad inherente de los principios políticos en su propio país. (Arendt 1998, p. 185)

En este punto, es interesante observar que para Arendt la lógica burocrática que tiene *su fuente* en ‘El-Poder’, piensa ser inimputable por las instituciones públicas de los ciudadanos, ya que se ampara detrás de la pre-supuesta participación a un ‘Poder’ que por su

³ También Mises tiene un interesante capítulo dedicado a “la filosofía del burocratismo” en que hace ver, aunque de modo limitado, su fundamentación místico-religiosa (2005, p. 103-106).

naturaleza es inimputable: "A cambio, y para hacer perfectamente posible su trabajo, el burócrata tiene que sentirse libre del control - es decir, tanto de toda alabanza como de toda censura - de todas las instituciones públicas" (Arendt, 1998, pp. 184-185).

Los efectos de esta lógica son devastadores. Aunque el burócrata sea apolítico, desinteresado en la *polis* y en sus ciudadanos considerados como "inexperta mayoría", 'El-Poder' se sirve de la burocracia para penetrar en la vida del individuo, para determinar sus actos cotidianos que dependen, cívicamente, de los protocolos burocráticos y que tiene el mismo carácter brutal de 'El-Poder' que es fuente de su acción constante:

Una de las diferencias más chocantes entre la anticuada dominación de la burocracia y el tipo totalitario moderno es que los gobernantes austríacos y rusos de la preguerra se contentaban con una ociosa irradiación del poder y se satisfacían con controlar solamente los destinos exteriores, dejando intacta toda la vida íntima del alma. La burocracia totalitaria, con una más completa comprensión del significado del poder absoluto, penetró en el individuo particular y en su vida íntima con la misma brutalidad. (Arendt, 1998, p. 208)

En virtud de esta lógica brutal que se impone a la vida cotidiana del individuo, este piensa que su mismo bienestar, su prosperidad o desdicha son totalmente determinados por una fatalidad que depende de protocolos burocráticos. Arendt ha encontrado en el *Castillo* de Kafka la expresión pertinente de esta mentalidad que *inhibe totalmente* el pensamiento del individuo, del ciudadano:

Véase especialmente en *El Castillo* la magnífica historia de los Barnabas. Los miembros de la familia viven bajo un anatema, tratados como leprosos, hasta sentirse tales simplemente porque una de las hijas, muy guapa, osó en cierta ocasión negarse a las *indecentes insinuaciones de un importante funcionario*. Los sencillos aldeanos, *controlados hasta el más mínimo detalle* por una burocracia e incluso en sus *pensamientos esclavos* de los caprichos de sus todopoderosos funcionarios, han llegado a comprender desde mucho tiempo atrás que tener razón o estar equivocado es para ellos una cuestión de pura «fatalidad» que no pueden alterar. (Arendt, 1998, p. 209)

Esta inhibición del pensamiento del individuo por parte de 'El-Poder', sin embargo, se cumple de una manera que es brutal justamente en cuanto es *softly*, suave. Ya Tocqueville había hablado de cómo 'El-Poder' se impone por medio de una "servidumbre reglamentada,

dulce y apacible" (1984, p. 634. Cursiva nuestra). La burocracia es el instrumento que, en cuanto participa de 'El-Poder', está dotado de una "insensibilidad militante", la que le permite ejercer su función persuasiva, *ansiolítica*, sobre los individuos y el mundo exterior no totalitario: la función persuasiva acerca de la bondad del gobierno que está en 'El-Poder'. Es la descripción que hace Arendt de la burocracia en el Estado nazi:

El tremendo aumento de los simpatizantes queda frenado por la fuerza limitadora del partido a una «clase» privilegiada de unos pocos millones y creadora de un superpartido de varios centenares de miles, las formaciones de élite. La multiplicación de cargos, la duplicación de funciones y la adaptación de la relación partido-simpatizante a las nuevas condiciones significan simplemente que se ha conservado la peculiar estructura del tipo cebolla del movimiento, en el que cada capa constituye el frente de la siguiente formación militante. La maquinaria del Estado es transformada en una organización frontal de burócratas simpatizantes, cuya función en los asuntos domésticos consiste en difundir la confianza entre las masas de ciudadanos simplemente coordinados y cuya función en los asuntos exteriores estriba en engañar al mundo exterior no totalitario. El jefe, en su capacidad dual de dirigente del Estado y líder del movimiento, combina también en su persona la cumbre de la *insensibilidad militante* y de una normalidad inspiradora de confianza. (Arendt, 1998, p. 332)

En este sentido, vienen a la mente las palabras de Tocqueville que, hablando del despotismo *softly* de las democracias, decía: "Solo el Estado inspira confianza a los particulares" (1984, p. 626). Y también recordamos las palabras de Pasolini que pueden ser utilizadas para explicar la función persuasiva de la burocracia que regala a los individuos una igualdad determinada por órdenes superiores, los de 'El-Poder':

El Poder ha decidido que somos todos iguales. Cada uno siente el ansia degradante de ser igual a los otros en el consumir, en el ser feliz, en el ser libre: pues este es el orden que él ha inconscientemente recibido, y a la cual 'debe' obedecer. Nunca la diversidad ha sido considerada como una culpa tan espantosa como en este periodo de tolerancia. La igualdad no ha sido, en efecto, conquistada, sino que es una 'falsa' igualdad recibida como regalo. (Pasolini, 1975, p. 52)

Si volvemos a la afirmación de Arendt acerca de la "militante insensibilidad" de la burocracia, esto explica la posibilidad de que, en la lógica burocrática, en virtud de su inimputabilidad, sea posible concebir la muerte burocratizada, mejor dicho, la muerte obrada

de modo burocrático de millones de hombres como ha sucedido en los campos de concentración nazi:

Los romanos permitieron a los cristianos escribir su martirologio, sólo porque la Iglesia mantuvo a sus herejes vivos en el recuerdo de los hombres, es por lo que nunca se perdió ni jamás se podrá perder su memoria (...) Los campos de concentración nazi, tornando en sí misma anónima la muerte (haciendo imposible determinar si un prisionero está muerto o vivo), privaron a la muerte de su significado como final de una vida realizada. En un cierto sentido arrebataron al individuo su propia muerte, demostrando por ello que nada le pertenecía y que él no pertenecía a nadie. Su muerte simplemente pone un sello sobre el hecho de que en realidad nunca haya existido. Este ataque contra la persona moral podía todavía haber quedado neutralizado por la conciencia del hombre que le dice que es mejor morir como víctima que vivir como *burócrata de la muerte*. (Arendt, 1998, p. 362)

En este punto, retomando la cuestión que anteriormente hemos dejado abierta acerca de la diferencia entre responsabilidad e imputabilidad, para Arendt un sujeto puede ser *perfectamente responsable* en su cumplimiento de órdenes superiores y, al mismo tiempo, declararse perfectamente inimputable como criminal. Esto es lo que demuestra Arendt en su *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Escribe que Eichmann (el *responsable* de la ejecución de la 'Solución Final'), "fiel cumplidor de las leyes" (2003, p. 20), "diligente cumplidor de las órdenes recibidas" (2003, p. 20), era un "hombre normal que tampoco tenía insania mental" (2003, p. 20). En el proceso Eichmann se declaró kantiano, que "había vivido en consonancia con los preceptos morales de Kant, en especial con la definición kantiana del deber" (2003, p. 83). En este punto, Arendt lo hace imputable de su absoluta "incapacidad de pensar" (2003, pp. 25-34), impotencia de pensamiento que Eichmann justificaba con su afasia debida a su lógica burocrática: "Mi único lenguaje es el burocrático" (2003, p. 34)⁴. Comenta Arendt: "Eichmann era verdaderamente incapaz de expresar una sola frase que no fuera una *frase hecha*" (2003, p. 34). Esta incapacidad burocrática de pensar y hablar se debía, dice Arendt, "por la incapacidad de pensar desde el punto de vista de la otra persona" (2003, p. 34), mejor dicho, de pensar-con-el-otro. Para Arendt, Eichmann era un perfecto burócrata:

⁴ Escribe Mises: "La regimentación significa la condena de la iniciativa (...) La rutina de una técnica burocrática mutila la mente" (2005, p. 126).

Gran parte de la horrible y trabajosa *perfección* en la ejecución de la Solución Final - una perfección que por lo general el observador considera como típicamente alemana, o bien como obra característica del perfecto burócrata - se debe a la extraña noción muy difundida en Alemania, de que cumplir las leyes no significa únicamente obedecerlas, sino actuar como si uno fuera el autor de las leyes que obedece. (2003, p. 84)

Vuelve aquí la cuestión que ya hemos señalado. La lógica burocrática se fundamenta en la pre-suposición de participar de un saber y poder superiores e inimputables. Esto hace que el burócrata viva en la ilusión de ser sujeto jurídico, *sui iuris*, pues piensa en sí mismo como el autor de las leyes que obedece. Aquí se realiza la trágica coincidencia entre saber y poder (Francis Bacon, Hobbes).

Hay que notar que se trata de una lógica que no ha desaparecido en nuestros tiempos actuales en que la muerte es ansiolíticamente anestesiada por una lógica burocrática: "La misma muerte se ha transformado en un hecho insignificante que, de una manera totalmente anónima y *burocratizada*, está, paradójicamente, ausente de manera omnipresente" (Duch-Mèlich, 2005, p. 356)⁵.

3. La psicopatología místico-burocrática

Una breve premisa. Comte ha afirmado que el estadio científico (técnico) es infinitamente superior al estadio religioso-mítico (y filosófico). Sin embargo, en el caso del funcionario burocrático, por una especie de retorno de lo removido, el estadio religioso que se pensaba superado e inferior, a nuestro parecer, vuelve a ser como el fundamento (no reconocido) de la formación de una lógica burocrático administrativa.

A menudo se sostiene que nuestra época es secularizada. Sin embargo, Peter Berger ha hecho notar que el hombre de los tiempos modernos no es a-religioso, sino, al contrario, *furiously religious* (1999, p. 2). Freud ha hablado de la creación de la ilusión de un pensamiento inclinado hacia una forma lógico-religiosa para la cual existe solo un Dios esencial y ontológicamente "sabiduría superior, de infinita bondad y justicia" (Freud 1992,

⁵ Cf. la película *El verdugo* (1963) de Luis Berlanda: es la descripción de como acostumbrarse a la muerte siendo un burócrata de la muerte.

p.19), un Dios dotado de atributos ontológicos *pre-supuestos* y, por ello, *inimputables*, que es solo la sustitución del 'Padre' cristiano, de modo que "la añoranza del padre es la raíz de la necesidad religiosa" (Freud, 1992, p. 22).

Después de esta premisa, vamos a mostrar lo que dicen los autores que hemos elegido.

Weber ha subrayado la profesionalidad mística de la lógica burocrática. Ante todo, ha definido el misticismo religioso como "la forma peculiar de huida mística del mundo, con la entrega amorosa sin objeto, no por los hombres, sino por la misma entrega, santa prostitución del alma" (2014, p. 618). En esta definición que vamos a analizar, podemos ver algunos rasgos de la formación de lo que llamamos el misticismo burocrático.

Es sabido que Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* ha insistido especialmente en hacer notar, muy agudamente, cómo la secularización no consiste en ninguna revolución desacralizadora, sino, más bien, es solo el desarrollo de residuos religiosos. Esto ha sucedido, especialmente, a través de la transformación del concepto de 'vocación' en 'profesión', hasta llegar a la coincidencia ascética de los dos términos (*Beruñ*): al ascetismo monástico se sustituye el ascetismo profesional, el cumplir provechosamente el deber como garantía de salvación (sobre la concepción luterana de la 'profesión', Weber, 1984, pp. 85-105). Se podrían aquí recordar las palabras de Mises:

En los escritos de los estadistas alemanes el funcionario público emerge *como un santo*, como una especie de monje que rechaza todos los placeres terrenales y toda la felicidad personal con tal de servir, con todas sus fuerzas, como a *lugartenientes de Dios*, antaño a los Hohenzollern y hoy el Führer. (2005, p. 108)⁶

Ahora bien, está claro para Weber que "el cargo es una *profesión*" (2014, p. 1044). Aunque, según él, no se trate de un "intercambio reenumerado de funciones", la 'profesión' del administrador burocrático, es la fidelidad al cargo "a cambio de la garantía de una existencia asegurada" (Weber, 2014, p. 1044). En cierto modo, sin embargo, se trata siempre de la garantía dada por un trabajo asalariado que, en el caso del administrativo burocrático, garantiza un salario seguro y, para usar las palabras de Weber, una especie de "*certitudo salutis*" (2014, pp. 551; 581) perenne que dura la vida entera. A nuestro parecer, en la lógica burocrática se realizaría, de este modo, un retorno a "la primitiva orientación de la acción

⁶ Recordamos que Ludwig von Mises, de origen judío, tuvo que huir de Europa hacia Estados Unidos en 1940 para no ser apresado por los nazis. Escribe este texto en 1944.

religiosa hacia el más acá' (Weber, 2014, p. 477). Se trata propiamente, como diría Weber, de "una *técnica* de la salvación" (2014, p. 581) que vale eminentemente para el más acá: el superior conocimiento técnico se transforma en un superior conocimiento técnico-religioso que garantizaría la vida entera.

Vida que, hay que notar, es entendida solo como biológico-natural, no como jurídico-económica, es decir, capaz de relaciones productoras de riqueza. Vida natural que incluye, naturalmente, la "seguridad material en la vejez" (Weber, 2014, p. 1047), una pensión que debe ser considerada elemento fundamental en el misticismo burocrático que mira a una "existencia asegurada" (Weber, 2014, p. 1044)⁷. De este modo, en el misticismo burocrático, el momento presente es vendido al futuro, para una garantía acerca del futuro (jubilación) y la existencia burocrática es transformada, antes de tiempo, en vivir en un adelantado asilo para ancianos.

Por otro lado, el misticismo del pensamiento burocrático funciona mecánicamente como huida del mundo de la precariedad que es propia de quienes (campesinos, artesanos, emprendedores) experimentan la precariedad de una producción de riqueza que a menudo no es de ningún modo estable. Está claro que la del administrativo burocrático es un misticismo de la 'sobre-vivencia' por medio de un mínimo salarial para no morir de hambre: "Aunque los cargos sean muy buscados, los salarios son casi siempre relativamente bajos" (Weber, 2014, p. 1048).

Por otro lado, habría que preguntarse cuánto los libre emprendedores (ocasionales o no) que, en apariencia, parecieran lo opuesto a los funcionarios administrativos, no sean ellos mismos parte de un engranaje, es decir, cuánto ellos mismos, en el orden capitalista actual, no son funcionarios de un sistema, pues

Quando el empresario actúa de continuo en contra de estas medidas [preestablecidas por el orden capitalista], se ve excluido, infaliblemente, de la contienda económica, al igual que el trabajador que no se percata o no le es posible avenirse a ellas, terminando por verse lanzado a la calle, obligado a ingresar, como otros tantos, en las compactas filas de los sin trabajo. (Weber, 1984, p. 60)

A este propósito, cabría preguntarse si no estamos, en la época actual, en una sociedad de meros funcionarios obligados a regirse por reglas pre-escritas. ¿Se ha transformado la

⁷ Mises escribe en este sentido: "Esta seguridad será análoga a la que disfruta el preso dentro de los muros de la cárcel" (2005, p. 126).

'comunidad' de los funcionarios burocráticos en una 'sociedad' burocrática en la cual todos son obligados a ser subordinados? De hecho, el afán de lucro no debería ser considerado como mera propiedad del pensamiento capitalista, sino el afán cotidiano por un salario para sobre-vivir, "tendencia que se encuentra por igual en los camareros, los cocheros, los mendigos, los ladrones, los soldados" (Weber, 1984, p. 26)

Ahora bien, volviendo al tema que nos interesa, podemos decir que esta *certitudo salutis* garantizada por una lógica místico-burocrática, es concebida como la que proporciona la que Weber llama "ascensión del hombre [en este caso del burócrata] del *status naturae* al *status gratiae*" (Weber, 1984, p. 138), es decir, al *status* de la salvación. En este punto, pensamos que el misticismo burocrático presupone el pensamiento de la vida del hombre como mera naturaleza, como organismo biológico, no ya como ciudadano, es decir, en un orden jurídico imputable. La incorporación de la mera naturaleza humana por iniciativa graciosa, es decir, por gracia, hecha por parte del sistema burocrático viene a significar una especie de *habeas corpus* que hace pasar el anónimo cuerpo natural-biológico a cuerpo burocrático, es decir, a un nivel superior de existencia, el de la salvación.

En este sentido, el misticismo burocrático asegura al individuo que accede a él, un saber superior, el contacto con la 'divinidad' del Estado que es considerado como el único monoteísmo posible, siguiendo en esto la lógica hegeliana:

El Estado es la realidad en que el individuo tiene y goza su libertad. (...) Solo en el Estado el hombre tiene existencia racional. (...) Todo el valor que el hombre tiene, toda su realidad espiritual, la tiene mediante el Estado. (Hegel, 1997, p. 101)

Para Mises el misticismo burocrático afirma:

Yo soy el servidor del Estado; pero implica que el Estado es Dios. (...) No podéis sublevaros contra el dios Estado y contra su humilde servidor, el burócrata. (...) En su propio concepto, el funcionario es el campeón del eterno derecho divino. (2005, p. 104)

Por otro lado, el misticismo burocrático asegura al burócrata no solo un contacto 'directo' con el Estado-Dios y garantiza "una estimación social estamental" (Weber, 2014, p. 1045), sino que transforma al individuo en agente sagrado ('sacerdote') que permite a otros el acceso al dios-Estado por medio de su conocimiento técnico superior, inaccesible a los simples ciudadanos. El administrador burocrático participaría de "atribuciones oficiales fijas"

(Weber, 2014, p. 1042), de unos “poderes de mando” (Weber, 2014, p. 1042), que derivan del todo-poderío sagrado, de una omnisciencia en la que el funcionario supone puede participar.

En este sentido, el funcionario posee “el secreto del cargo” (Weber, 2014, p. 1072) que no es sino la participación remota en los secretos de lo Sagrado=Estado, secretos inaccesibles a los comunes mortales. Es justamente en esta participación de los secretos divinos-estatales en lo que consiste “la superioridad del saber profesional por medio del secreto de sus conocimientos e intenciones” (Weber 2014, p. 1071). No es muy distante de esta *mens* la posibilidad de que la misma burocracia se perciba como secta religiosa, esotérica, cuyos secretos y saber superior son propiedad exclusiva solo de algunos iniciados. Al mismo tiempo, en este punto, se puede entender lo que dice Weber sobre la posibilidad de “una colegialidad de especialistas” (2014, p. 1074) que podría ser muy bien comparada a la de una secta-casta religiosa.

Ahora bien, esta idea del acceso del burócrata a una *técnica* de salvación, es decir, el paso del *homo sive natura* al *homo sive burócrata*, es concebida como mera concesión *mecánica* de un Poder, el del Estado, considerado como religiosamente superior en su omnipotencia mecánica: “El tipo puro de los funcionarios burocráticos es nombrado por una autoridad superior (...) por el funcionamiento de un mecanismo” (Weber, 2014, p. 1045). A nuestro parecer, el hecho de concebir el Estado como el que garantizaría mecánicamente, por una especie de poder ontológico pre-determinado, la concesión del poder superior consistente en el conocimiento técnico, es residuo de un misticismo religioso que piensa patológicamente en un ‘Dios’ con poderes ontológicos pre-supuestos, mecanizados y, por ello, objetivos, ‘justos’, ecuánimes, en fin, inimputables. El paternalismo con que se concibe el Estado en cuanto garantía del derecho a una sobre-vivencia estable no es más que el residuo del misticismo que considera a un Dios que ya no es padre capaz de heredar riquezas, sino más bien como dador benéfico de cargos profesionales, garantía de concesión dadivosa de cargos profesionales.

Por otro lado, se puede notar un residuo de misticismo religioso en el administrador burocrático allí donde él piensa la carrera como no dependiente “puramente del azar” (Weber, 2014, p. 1051): el *destino* de los funcionarios administrativos no es expuesto al azar, sino que está regido por un Destino que no es imprevisible, sino pre-determinado. En esto se puede notar cómo en la carrera del administrador burocrático actúa una especie de idea de pre-destinación que es, más bien, una categoría religiosa protestante.

Es más, la divinización del Estado considerado como *omnisciente* conduce a pensar que es este el que tiene que garantizar el 'derecho' a acceder a estudios superiores y Universidades (Weber, 2014) donde especializarse en el único pensamiento y lógica presupuesta como racional, como adecuada a los tiempos positivistas modernos, es decir, el superior conocimiento técnico⁸. En este punto, lo que importa es aprender a *saber hacer* según un protocolo pre-establecido, sin necesidad de preguntarse las razones de estas operaciones que, puesto que ya han sido pensadas por un Saber superior, el del Estado, no necesitan ser re-pensadas. En este sentido, se entiende cuando Weber habla del administrador burocrático como de quien "se pone al servicio de una finalidad objetiva impersonal" (2014, p. 1044), es decir, inimputable.

En este punto, se pone la cuestión de la imputabilidad del funcionario-burócrata. De hecho, si en virtud de esta participación en un Saber superior, el del Estado, y siempre que se actúen exactamente los protocolos establecidos por este Saber superior, ¿no se evita de este modo el riesgo de la imputabilidad del pensamiento burocrático, puesto que este participa de un Poder sagrado, el del Estado? Esta concepción es causada por una visión religiosa de lo divino en cuanto entendido como "Totalmente otro", como inaccesible por el pensamiento e inefable por la capacidad lingüística humana (cf. Weber, 1984, p. 118). Puesto que lo divino es considerado como Misterio impenetrable en sus atributos ontológicos pre-supuestos, como dispositivos de su ser (los de omnipotencia y omnisciencia), de esto deriva no solo su inimputabilidad, sino que, en el administrador burocrático, esto puede llegar a la justificación de la propia inimputabilidad.

Ligada a la cuestión de la 'imputabilidad inimputable' del funcionario burócrata, está la "entrega amorosa" que es parte de la definición dada del misticismo por Weber. Esta entrega por parte del administrador burocrático no es sino "la dedicación fija a un conjunto de funciones habituales diestramente ejercidas" (Weber, 2014, p. 1068). Esta dedicación y entrega se puede definir como religiosamente 'amorosa' en cuanto es especialmente atenta a los protocolos que se deben realizar. Se puede definir como una especie de 'amor' en que se transfiere al protocolo fiel y responsablemente ejecutado, una capacidad de recompensa, de amorosa correspondencia, de afinidad electiva (como diría Goethe). Se podría utilizar aquí,

⁸ Mises ha escrito en tono brutal, pero no sin razón: "El totalitarismo europeo es el resultado final del predominio de la burocracia en el campo de la educación. Las universidades pavimentaron el camino de los dictadores" (2005, p. 118). Mises cita el discurso del rector de la Universidad imperial de Estrasburgo en 1891: "Nuestros funcionarios jamás habrán de tolerar que cualquiera les arrebatase el poder de sus manos. (...) Ninguna clase de gobierno es tan fácilmente soportable o se acepta tan de buen grado como la de los *empleados públicos cultos y bien educados*. El Estado alemán es un Estado de la supremacía del funcionario" (2005, p. 11). Cursivas nuestras

para el burócrata, las palabras de T. S. Eliot: "Aceptando / con rostro ecuánime las acciones que traen ignominia / el aplauso de todos o *el amor de nadie*" (1999, p. 170-171. Cursiva nuestra). Como el amor de un niño hacia su madre, amor en que este se siente amparado por los cuidados maternos, del mismo modo se puede hablar de "entrega amorosa" por parte del administrador burocrático en cuanto este se siente cobijado por la seguridad del cumplimiento de los expedientes, puesto que "la administración moderna se basa en documentos-expedientes" (Weber, 2014, p. 1043).

Sin embargo, como dice Weber en su definición del misticismo, esta entrega es "sin objeto". Como ya hemos señalado en el primer punto de este ensayo, no existe el 'otro' en la acción del administrador burocrático. En esta lógica religiosa, la "entrega sin objeto" del administrador burocrático se refiere a un Otro, al Estado divinizado, inaccesible, y con el cual se puede solo establecer una interacción de subordinación y sumisión. Es de esta concepción religiosa que deriva la *interacción* con el otro hombre que presenta su trámite a la oficina: ya no se trata de 'relación' com-puesta con el otro, sino de mera interacción, es más, de sumisión religiosa a un Destino inevitable, el representado por el otro individuo percibido como portador de un trámite que se debe cursar necesaria y correctamente, según un protocolo pre-destinado. Es en este sentido que se puede entender por qué Weber habla de una entrega amorosa "*no por los hombres*": lo que vale para el administrador burocrático es simplemente su entrega kantiana a su deber por el deber, *sine ira et studio*, con neutralidad, en esto pareciéndose al motor inmóvil aristotélico que mueve sin moverse de su *bureau*.

De este modo, podemos decir que el expediente que se debe cumplir de modo neutral, *super partes*, no es sino una forma de sacramento secularizado: si para el sacramento era necesaria la intención de los dos sujetos (por ejemplo, en la confesión: Weber 1984, p. 138), ahora bien, en el expediente tramitado por el administrador burocrático se trata solo de una técnica mecánica de 'salvación' a través de la cual el sujeto postulante es salvado por la aplicación mecanizada de un protocolo pre-establecido.

Finalmente, la secularización de la 'vocación' en 'profesión', típica del protestantismo, ha podido producir un tipo de pensamiento cuya lógica funciona perfectamente en el individuo aislado de otros. Es la afirmación protestante de que el contacto con lo divino es meramente individual, la que ha podido producir el individuo-funcionario administrativo. De este modo, se ha podido evitar lo que impediría el perfecto acto burocrático: "El trabajo organizado de forma colegial produce rozamientos y demoras, compromisos entre intereses y punto de vista contradictorios" (Weber, 2014, p. 1057). Este solipsismo burocrático es

posible gracias a una idea de que la relación con lo divino es asunto místico del individuo que responde a un ente indeterminado como el Estado que, en su indeterminación *super partes*, es garante de la perfecta igualdad (uno vale por uno) de la interacción solipsista del individuo con este Estado.

Aunque de modo menos detallado que Weber, nos parece que también Hannah Arendt ha encontrado, aunque de modo indirecto, un fundamento religioso a la lógica del pensamiento burocrático.

Ante todo, la lógica burocrática está estrechamente entrelazada a una concepción de qué es el 'Poder', ya que este se entiende como lo que se encuentra *más allá* del alcance de los actos de los individuos que podrían imputarlo. En este sentido, lo que subyace aquí sería una concepción religiosa de un 'Dios' que, siendo meramente *trascendente*, es Todopoderoso-Sabelotodo y por ello inaccesible al pensamiento del hombre, resultando finalmente inimputable:

La mistificación del poder se logrará tanto más fácilmente cuanto más apartados se hallarán los ciudadanos de las fuentes del poder, y eso será más fácil en los países dominados burocráticamente, donde el poder *trasciende* positivamente la capacidad de comprensión por parte de los dominados, que en los países gobernados constitucionalmente, donde la ley está por encima del poder y el poder es sólo un medio para su aplicación; y más fácil aún en países donde el poder del Estado está más allá del alcance de los partidos y por eso, aunque permanezca dentro del alcance de la inteligencia del ciudadano, se encuentra *más allá* del alcance de su experiencia práctica y de su acción. (Arendt, 1998, p. 216)

Esta lógica religiosa para Arendt es la que estaba presente después de la Revolución Rusa de 1917, que ha pensado la burocracia como la perfecta manifestación de la sumisión confiada a un único 'Poder' terrenal todopoderoso, su 'dios' en el más acá:

Los movimientos, en contraste con los partidos, no degeneraron simplemente en maquinarias burocráticas, pero vieron en los regímenes burocráticos unos posibles modelos de organización. La admiración que inspiró la descripción de la maquinaria de la burocracia de la Rusia zarista del paneslavista Pogodin podría haber sido compartida por todos ellos: «Una tremenda máquina, construida según los más simples principios, guiada por la mano de un hombre (...) que se pone en marcha a cada instante con un solo movimiento, sean cualesquiera la dirección y la velocidad que él

pueda elegir. Y ésta no es simplemente una marcha mecánica. La maquinaria está enteramente animada por emociones heredadas, que son la subordinación, la ilimitada confianza y la devoción al zar, que es su *dios* en la Tierra. (Arendt, 1998, p. 210)

Por otro lado, el triunfo de la burocracia se instala donde ya no hay una ley com-puesta entre ciudadanos, ley que es un trabajo estable co-instituido entre sujetos libres que, lejos de considerarse como legisladores divinos omnipotentes que se imponen a otros pensamientos y voluntades, deciden normarse por una Constitución libremente co-instituida. La burocracia, al contrario, rehúye esta ley cívica com-puesta de modo estable (Constitución) entre los hombres y absolutiza los decretos o protocolos burocráticos que son temporáneos y susceptibles de cualquier cambio dependiendo de las órdenes de un 'Poder' superior. Esta absolutización es propiamente, para Arendt, una "superstición", la creencia fideísta de poder mágicamente identificarse con las fuerzas que hacen historia moviendo los hilos de la existencia de los hombres:

En la base de la burocracia como forma de gobierno y de su inherente sustitución de la ley por decretos temporales y mudables se halla esta superstición de una posible y mágica identificación del hombre con las fuerzas de la Historia. El ideal de semejante cuerpo político será siempre el hombre que entre bastidores mueve los hilos de la Historia. (...) De esta manera rehúye el burócrata toda ley general, atendiendo por decreto a cada situación aislada, porque la estabilidad inherente a la ley amenaza con establecer una comunidad permanente en la que nadie pueda posiblemente ser dios porque todos tengan que obedecer a una ley. (Arendt, 1998, p. 186)

Finalmente, Arendt señala que el sello de la burocracia es un seudomisticismo que se convierte en gobierno. Esto se debe a que, en un gobierno burocratizado, los individuos, los ciudadanos están obligado a vivir en una "trama de vida" donde lo que sucede es obra de un Misterio profundo e insondable. La burocracia representa este carácter misteriosamente divino, a su vez causado, decimos nosotros, por la concepción de un Dios misterio insondable en su profundidad, inaccesible, Infinito, Grande, Destino que predetermina lo que sucede en la vida de los hombres. El gobierno burocratizado es propiamente el de algunos "místicos" que *saben y pueden*, pues están vinculados con una supuesta divinidad inaccesible para los individuos que no saben ni pueden:

El seudomisticismo es el sello de la burocracia cuando se convierte en forma de gobierno. Como el pueblo al que domina nunca sabe realmente por qué está

sucedendo algo y no existe una interpretación racional de las leyes, sólo resta algo que cuenta, el hecho brutal y desnudo en sí mismo. Lo que le sucede a uno se convierte en tema de una interpretación cuyas posibilidades son inacabables, no limitadas por la razón ni frenadas por el conocimiento. Dentro del marco de esta inacabable especulación interpretativa, tan característica de todas las ramas de la literatura prerrevolucionaria rusa, toda la trama de la vida y del mundo asume un misterioso sigilo y una misteriosa profundidad. (Arendt, 1998, p. 208)

4. Conclusiones

Tocqueville ha observado la paradoja moderna de que hombres que han sido capaces de hacer revoluciones, terminan sometiéndose al último de los burócratas: "Los mismos hombres, que de cuando en cuando derriban un trono y pisotean la autoridad de los reyes, se someten sin resistencia cada vez más a los menores caprichos de cualquier funcionario burocrático" (1984, p. 630).

¿Qué hacer frente al estrangulamiento burocrático moderno y posmoderno, a la marea negra de la burocratización que amenaza todos los ámbitos de la vida cotidiana?

Ante todo, debería pensarse, finalmente, en qué consiste el 'poder'. T. S. Eliot ha escrito: "Mil guardias dirigiendo el tráfico no pueden decirnos por qué venís ni adónde vais" (1999, p. 177). Ningún prócer y sus funcionarios burócratas puede marcar para el sujeto el sentido, es decir, el origen y la meta satisfactoria de los actos del sujeto, del ciudadano, pues el *poder* (entendido como verbo) es primariamente el del sujeto que es el *primum ius*, la primera fuente de leyes que tienen un valor reconocido universalmente. Lo saben muy bien, por ejemplo, dos novios que se *autorizan* por sí solos, sin estar sumisos a ningún presupuesto saber superior, para contraer matrimonio y cuyo acto co-institutivo debe ser reconocido universalmente, *urbi et orbi*. Por tanto, se trataría de entender el 'poder' como capacidad cotidiana de poner leyes com-puestas con otros sujetos en una amistad del pensamiento. Si, como escribe Mises, "el experto ineficiente siempre pretenderá la supremacía del burócrata" (2005, p. 124), la auto-iniciativa del sujeto *sui iuris*, "empresario" de relaciones beneficiosas, implica una lógica que no es burocrática, que no se rige por protocolos, sino que es propiamente jurídica, pues implica la *imputación "económica"* de los beneficios producidos por medio de actos com-puestos. Es una lógica, por tanto y propiamente, empresarial, la del

sujeto que emprende con su iniciativa la co-institución de relaciones universalmente beneficiosas. En un cierto sentido pensamos que el mismo Weber ha entrevisto parcialmente esta solución cuando dice que

Superior a la competencia de la burocracia lo es solo la competencia de los miembros de una empresa privada en el terreno de la economía. Esto es debido a que el conocimiento exacto de los hechos de su esfera tiene para ellos una importancia vital directamente económica. Los errores en una estadística oficial no tienen consecuencias económicas directas para el funcionario culpable. Los errores en los cálculos de una empresa capitalista le acarrearán pérdidas acaso dan al traste con ella. (2014, p. 1073)

Sin embargo, no se trata solo de la competencia de los miembros de las “empresas privadas” constituidas formalmente, pues cualquier relación entre los hombres es una empresa privada que se verifica y comprueba económicamente. Mises ha escrito:

Existen dos sistemas de organización de la sociedad, es decir, de la pacífica cooperación entre los hombres: la organización burocrática y la organización basada en el beneficio. Es bien sabido que esta segunda forma de organización social es muy impopular en nuestro tiempo. La gente desea sustituir la supremacía de los consumidores tal como funciona en una economía de mercado por una planificación total a cargo de una autoridad central, es decir, el socialismo. Pero, al mismo tiempo, estas mismas personas critican duramente las deficiencias del burocratismo. No comprenden que al clamar por la supresión de la organización basada en el beneficio no hacen otra cosa que pedir más y más burocracia, y aun la plena burocratización de los más mínimos detalles de la conducta humana. (2005, p. 7)

Ahora bien, no se trata de *organizar* relaciones en vista de un beneficio como sostenía Mises. Hitler mismo en su *Mein Kampf* sostenía la necesidad de una “«organización viva» de un movimiento que se habría contrastado con el «mecanismo muerto» de un partido burocrático” (Arendt 1998, p. 295). Valgan a este respecto, las palabras de Pasolini escrita acerca de los jóvenes de la supuesta revolución de 1968: “Tú buscaste la salvación en la organización / (que no puede producir sino más organización). / hablando el lenguaje de la democracia burocrática (...) Oh, muchachos desdichados, que visteis al alcance de la mano / una maravillosa victoria que no existía” (1999, p. 980).

Más bien se trata de entender cómo se puede ser sujeto en un contexto de estrangulamiento burocrático⁹. También el individuo que emprende una relación basada en el beneficio con otro individuo es constructor de una *polis* universalmente beneficiosa. También para los sujetos que co-instituyen una relación según una ley com-puesta entre ellos vale el criterio del beneficio, el de enriquecerse (en todos los sentidos económicamente humanos: en pensamientos, palabras y obras) y no dañar con perjuicios al otro, so pena del fracaso *económico* de la relación. De lo que estamos hablando es de la necesidad del emprendimiento de relaciones, de una *empresa de relaciones* que consiste en un *work in progress* continuo, capaz de iniciativa e innovación cotidiana productora de éxito, satisfacción y “lucro” ofertados a todo, puesto que la relación empresarial, por su naturaleza, debería ser constitutiva de un universo de relaciones beneficiosas. En este punto, como decía Mises, el único medio de tener éxito empresarial es “el trabajo bien hecho” (2005, p. 133; cf. también lo que dice Péguy sobre el trabajo bien hecho, es decir, com-puesto con otros: 1992, pp. 790-792).

Ahora bien, son estos criterios económicos los que precisamente no valen para la lógica burocrática en que existe solo la necesidad de centralización y de cohibir e inhibir la libertad *del* pensamiento: para la lógica burocrática el ‘éxito’ consiste solo en la obediencia responsable a ordenes impuestas y a protocolos que cumplir (cf. Mises 2005, p. 82). Por tanto, se trata de liberar el pensamiento (y el mismo saber) de una lógica burocrática y repensar en qué realmente consiste el “poder” (entendido como verbo) y “El-Poder” (entendido como sustantivo). Guardini (1963) ya había señalado cómo la cuestión del significado del “poder” era la más decisiva en la modernidad. La alternativa a la invasión de la marea negra de la lógica burocrática es la extensión en todos los ámbitos de esta lógica empresarial, de modo que la burocratización contagie siempre menos la lógica cotidiana con la que los hombres viven. Es este contagio de una *mens* burocrática en todos los ámbitos cotidianos el aspecto más trágico de la cuestión que estamos tratando. Por ello, se trata de *tener éxito* poniendo y com-poniendo actos sociales, cívicos, *imputables económicamente*. En este sentido, Arendt ha citado un trecho de un sobreviviente de los campos de concentración nazi:

El siguiente paso decisivo en la preparación de los cadáveres vivos es el asesinato de la persona moral y jurídica en el hombre. Ello se realiza, en general, haciendo imposible el martirio por primera vez en la Historia: «¿Cuántas personas creen aquí todavía que una protesta ha tenido nunca una importancia histórica?» Este

⁹ Para este tema relacionado con América Latina, cf. Dubois 2020.

escepticismo es la auténtica obra maestra de las SS, su gran realización. Han corrompido toda solidaridad humana. Aquí la noche ha caído sobre el futuro. Cuando ya no quedan testigos, no puede haber testimonio. Manifestarse cuando ya no puede ser pospuesta la muerte es un intento de dar a la muerte un significado, de actuar más allá de la propia muerte de uno. *Para tener éxito, un gesto debe poseer un significado social*. Aquí somos centenares de miles, todos viviendo en una absoluta soledad. Por eso es por lo que estamos *sometidos* a todo lo que pueda suceder». (Arendt, 1998, p. 362. *Cursivas nuestras*. La autora cita David Rousset, *Les jours de notre mort*, París, 1947)

La misma burocracia que, por otro lado, es mínimamente necesaria, debería obrar una conversión de su lógica impersonal, concibiéndose de modo empresarial. Esta lógica está aún por ser pensada, so pena de caer en la alternativa comprendida por el mismo Weber: el riesgo de la caída de la racionalidad burocrática (autónoma y que se auto-legítima) en su contrario, es decir, en la irracionalidad y en su *auto-destrucción*, justamente a causa de su éxito burocrático perfectamente conseguido. La irracionalidad de la acción sin finalidad que es propia de una masa de subordinados, de sujetos que no piensan o que piensan solo con una lógica técnico-burocrática, se transforma en resistencia a esta misma lógica. Es una resistencia que no es activa, sino que, más bien, es fijación, impermeabilidad, inercia y que, sin embargo, como enseña el psicoanálisis, por su peso puede ser arrollador, trastornador. Esta resistencia puede ser pensada desde adentro de la misma lógica burocrática. Una cita de la novela de Tomasi di Lampedusa, *El gatopardo*, si por un lado describe perfectamente cómo la burocracia es un poder impotente, infecundo (pues los procesos de civilización han nacidos ajenos a ella), por otro lado, expresa el hecho de que el cansancio de vivir esta impotencia *culpable* puede manifestarse como resistencia trastornadora de la irracionalidad en que la misma burocracia se ha visto obligada a vivir:

Somos viejos, Chevalley, muy viejos. Hace por lo menos veinticinco siglos que *llevamos sobre los hombros* el peso de magníficas *civilizaciones heterogéneas*, todas venidas de fuera, *ninguna germinada entre nosotros*, ninguna con la que nosotros hayamos entonado. (...) Desde hace dos mil quinientos años somos colonia. No lo digo lamentándome: *la culpa es nuestra*. (1980, p. 98. *Cursivas nuestras*)

Esta resistencia puede nacer del hecho que, como se señala siempre en *El gatopardo* (1980), la lógica administrativo-burocrática *adhiera*, pero *no participa* realmente en el 'poder'. ¿La neurosis producida por la impotencia burocrática (que, insistimos, ha invadido a menudo

también la lógica cotidiana de los hombres) sabrá “usar el pensamiento para la crítica de él mismo” (Freud, 1992, p. 34), es decir, sabrá obrar una crítica de la lógica burocrática por medio del mismo pensamiento que se rige por el principio de placer que es principio económico? Es más, ¿esta crítica será posible en la posmodernidad virtual-telemática o seremos todos asimilados al *homme machine* de La Mettrie que ahora es el *homme microsoft*? ¿Se realizará el proyecto de Spinoza, el de “romper las barreras que colocamos entre lo humano, lo animal y la máquina”? (Hardt-Negri, 2000, p. 91).

Una última observación. Proudhon ha escrito: “Como, relativamente a dios y a la religión, se ha encontrado ya, por el análisis filosófico, que, bajo la alegoría de sus mitos religiosos, la humanidad no persigue otra cosa que su propio ideal, ¿no podríamos buscar todavía lo que quiere bajo la alegoría de sus mitos políticos?” (1947, pp. 15-16). Si proseguimos esta afirmación podemos decir que bajo la concepción de ‘El-Poder’, de la burocracia, de la política, de la economía y bajo la misma concepción del sujeto-ciudadano hay siempre un pensamiento *teo-lógico*, mejor dicho, *religioso-místico* con su Dios entendido, en base a sus pre-supuestos atributos ontológicos, como Misterio insondable por el pensamiento del hombre, Poderío absoluto, Sabelotodo, Destino que pre-determina la vida de los hombres según una ley mecánica, burocratizada. Se trata de desenmascarar y más bien abandonar este tipo de pensamiento *teo-lógico* y, por ello, religioso, para poder volver a entender los ámbitos cívicos como los que son co-instituidos por los hombres a través de una amistad del pensamiento que no sea inhibida por un ‘dios’ religioso. Aquí se destaca la cuestión puesta por Bonhoeffer (que escribía desde un campo de concentración nazi): “¿Cómo hablar de Dios sin religión, esto es, sin las premisas temporalmente condicionadas de la metafísica, de la interioridad?” (2001, p. 198). Es decir, ¿cómo no ser *furiously religious* como afirmaba Berger que ya hemos citado?

En este punto se pone el aporte decisivo del *pensamiento* de Cristo que también la filosofía debería estimar como digno de ser elaborado laicamente. Para la desburocratización de la vida cotidiana de los individuos-ciudadanos, la fe cristiana ha afirmado que “Cristo no es objeto de la religión, sino algo completamente diferente” (Bonhoeffer, 2001, p. 198). De hecho, Cristo no ha querido co-instituir con los hombres una masa inimputable de burócratas-esclavos, sino de amigos, de con-ciudadanos: “No os llamo ya siervos [burócratas], porque el siervo-burócrata no sabe lo que hace su amo; a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Juan 15, 15). La descristianización total que vivimos en nuestra época —de la cual los primeros culpables son los cristianos que han



abandonado el pensamiento de Cristo—, no nos parece la situación adecuada para detener y convertir la marea negra de la lógica burocrática. Sin embargo, la retoma por parte de ‘moros y cristianos’ del pensamiento de Cristo puede ser la posibilidad de una conversión de la lógica con que pensamos la vida y la muerte, para que ellas, finalmente, no sean sumisas a la lógica inimputable del misticismo burocrático. Un laico anárquico como Alain Badiou (1997) ha comentado así la afirmación de san Pablo donde este dice (casi comentando la afirmación de Cristo acerca de los amigos y esclavos), que “somos colaboradores-cooperadores de Dios” (1 carta a los Corintios, 3, 9):

Somos co-operadores (*co-ouvriers*) de Dios. Es una máxima magnífica. Allí donde viene menos la figura de un amo (*maître*), se pone aquella, conjunta, del obrero (*ouvrier*) y de la igualdad. Toda igualdad es aquella de la co-pertenencia a una obra (Badiou, 1997, pp. 63-64).

Esta lógica aún debe ser pensada por moros y cristianos en la modernidad y en la supuesta posmodernidad.



5. Referencias

- Arendt, H. (1998). *Los orígenes del totalitarismo*. Lumen.
- _____ (1999). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Lumen.
- Badiou, A. (1997). *Saint Paul. La fondation de l'universalisme*. Universitaires de France.
- Berger, P. (1999). The desecularization of the World: A Global Overview. En *The Desecularization of the World. Resurgent religion and world politics. Ethics and Public Policy Center*.
- Bonhoeffer, D. (2001). *Resistencia y sumisión. Cartas y apuntes desde el cautiverio*. Sígueme.
- Duch, L.-Mèlich, J. C. (2005). *Escenarios de la corporeidad*. Trotta.
- Dubois, V. (2020). *Sujetos en la Burocracia: Relación Administrativa y Tratamiento de la Pobreza*. Universidad Alberto Hurtado.
- Fallada, H. (2009). *Pequeño hombre, ¿y ahora qué?* Maeva.
- Freud, S. (1991). *Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico*. En *Obras completas*, tomo XII. Amorrortu.
- _____ (1992). *El porvenir de una ilusión*. En *Obras completas*, tomo XXI. Amorrortu.
- Eliot, T. S. (1999). *Poesías reunidas*. Alianza.
- Guardini, R. (1963). *El poder*. Guadarrama.
- Hardt, M., Negri, A. (2000). *Empire*. Harvard University.
- Kafka, F. (1983). *Il processo*. Einaudi.
- _____, (2003). *El Castillo*. Losada.
- Kant, E. (2004). *Filosofía de la historia. Qué es la ilustración*. Terramar.
- Kelsen (1960). *Teoría pura del derecho*. Eudeba.
- Hegel, F. (1997). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Alianza.
- Le Breton, D. (1994). Lo imaginario del cuerpo en la tecnociencia, *Revista Reis*, 68, 197-210.
- Mises, L. von (2005). *Burocracia [Gestión empresarial frente a gestión burocrática]*. Unión.
- Orwell, G. (2009). *1984*. Ediciones Destino S.A.



Pasolini, P. P. (1975). *Scritti corsari*. Garzanti.

_____, (1999). *Bestemmia II*, Garzanti.

Péguy, C. (1992). *Œuvres en prose complètes*, III. Gallimard

Proudhon, P. J. (1947). *Confesiones de un revolucionario*. Americalee.

Rimbaud, A. (1994). *Poesía completa. Edición bilingüe*. 29.

Severino, E. (1998). *Il destino della tecnica*. Rizzoli.

Smith, A. (1981). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Liberty Classics.

Tocqueville, A. de. (1984). *La democracia en América*. Fondo de Cultura Económica.

Tomasi di Lampedusa, G. (1980). *El gatopardo*. Argos Vergara.

Weber, M. (1984). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Sarpe.

_____, (2014). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica.